

los puentes, y en los caminos, para decir, que à tantos, à tales horas se finalizó, &c.?—D. Alerto: V. quiere hablarme de las inscripciones: ¿ignora V. lo difícil que es disponer una inscripción perfecta? Pues aseguro à V. que el estado antiguo de las ciencias, respecto à las Naciones, se verifica en parte por el estilo de sus inscripciones; y veo, que la impresa à la frente del papel que V. desprecia, se comprende en las reglas del perfecto estilo lapidario; y este es el dictamen de quien no es mas que un pobre donado en las materias de literatura: la noche se acerca, y V. no se ha explicado acerca del mayor cuidado que le aflige.

—D. Supino: No es un cuidado, son muchos los males que me turban: el prólogo, que sin título nos han espetado, ¿lo juzga V. muy inocente? Consta de cuatro paginas; pero en ellas se contienen mas de cuatro mil picardias, insultos y menosprecios.—D. Alerto: No lo creo.—D. Supino: Pues lea V. de letra de molde, y atienda los pocos rasgos que mencionaré por no dar ensanche à mis cuidados. „Nuestra España gobernando el Sapiensísimo Monarca D. Carlos III, de ninguna manera puede sufrir aquella filosofía que tanto ha prevalecido en las escuelas con grave detrimento, respecto à la utilidad pública, y con el vilipendio con que nos tratan los estrangeros, llamandonos ignorantes: el consejo tiene mandado, no dicten los catedráticos, à causa de la incomodidad que experimentan los estudiantes, perdiendo demasiado tiempo.”—D. Alerto: Suspèndase V., amigo D. Supino, ¿en esto no palpa V. reconocidas ventajas? D. Supino: No Sr.—D. Alerto: Pues sí Señor; compute V. las horas que el catedrático emplea en escribir, surciendo retazos de aqui, y de acullà, para componer un vestido de Arlequin, y el tiempo que emplea en dictar à los muchachos, que para estos es tiempo perdido; porque en semejante ocupacion de escribir, nada aprovechan: ¿al cabo del año cuantas horas resultan perdidas, que se podrian aprovechar estudiando à Jacquier? ¿Cuantas horas le restan útiles al maestro para estudiar, puesto que no tiene que escribir ó frangollar? Aun algo mas: ¿ignora V. lo difícil que es ser autor? Acaso, porque se elige al mas aprovechado para enseñar la filosofía, por esto se le ministran las luces necesarias [vuelvo à repetir] para ser autor? Mejor será, mas se aprovecharà, estudiando al autor asignado para la enseñanza, que empleando el tiempo en disponer ferrages.—D. Supino: ¡O tempora, ó mores! (entre dientes) ¿Que esto se sufra de un Saltim-

banco? Pero Sr. D. Alerto, ¿es tolerable que se haga sufrir à las prensas, y se nos de en rostro con decir que muchos escolásticos hubieran sido útiles, si hubieran nacido en estos tiempos, en los que no se promueven cuestiones que nada importan, indignas del aprecio, si, dignas de la risa, y de los genios cabilosos? Es sufrible que à nuestro idioma escolástico se trate de bárbaro *et aliquid amplius*?—D. Alerto: Es preciso bajar la cabeza, y confesar los sólidos fundamentos de los antagonistas de V., puesto que aseguran estar planteado el método de enseñar la filosofía con arreglo à las instituciones de Jacquier, en el colegio de Propaganda, en Salamanca, Murcia, y que se yo que otros países.—D. Supino: Eso será bueno para allà, pero no para aqui.—D. Alerto: Esto sí que me impacienta: el mismo sol que ilumina à Salamanca, à Roma, al Tiber, &c. &c. no es el que nos ministra sus benéficas luces? El hombre, sea del país que se quiera, no està adornado de la alma racional? ¿No trae su origen del propio tronco? Si las instituciones de Jacquier son útiles en Roma, lo serán en la Goelandría, en la Meca, y el Japon. Para dar à entender à V. su alucinación, no lo atribuya à eufufleta, le referiré este hecho historico: Cuando los españoles llegaron à Méjico, procuraron persuadir à Moctezuma, y à su pueblo recibiesen los usos españoles: les manifestaban las comodidades que les resultarian de su adopcion: pero el bárbaro respondia: eso será bueno para ustedes que tienen barba; nosotros como somos lampiños, nos acomodamos con lo que nos enseñaron nuestros antepasados. Si V. quiere ponerme un silogismo, ya nos veremos, à pesar de su distinguo, y subdistinguo.—D. Supino: ¿Cuando pensé conversar con quien aliviase mi tormento, me hallo con la novedad de que V. es de aquellos proscritos que tanto nos perjudican?—D. Alerto: El tiempo vuela, concluyamos.—D. Supino: Antes se habia de haber concluido, con pr logo, introduccion, ó ànfora, que me parte el corazon: dígame V. por su vida, hay sufrimiento para leer impreso, que el filosofo no debe abrazar con ceguedad las opiniones de su maestro, *nullus debet in verba jurare Magistri*: ¿Esto no es introducir un libertinage filosófico?—D. Alerto: Distingamos la verdadera ciencia, la Religion es la única à quien pertenece carácter tan distintivo, lo que Dios nos ha revelado, lo que la Iglesia propone como objeto de creencia, la autoridad de los legítimos intérpretes, que son los Santos Padres, y Con-

eilios: todo esto abrazado à puño cerrado es lo que importa creer á ojo cerrado; pero respecto à las ciencias naturales, Dios encomendò el mundo à las disputas de los filósofos; y al hombre le es licito asentir ò repugnar con su cortapisa; porque será un M. un T. si se niega al mejor método, ó à la esperiencia, amigo mio, sírvale á V. de leccion, y no crea á la simple autoridad, cuando ésta no se palpa apoyada en solidísimos fundamentos. ¿La supersticion de los Musulmanes, su pérdida espiritual tiene otro origen, que el haber dado crédito y permanecer obstinados en el fanatismo de su pretendido profeta Mahoma? Aplique V. si le gusta, y concluyamos. D. Supino: ¿No es de estrañar, que en el famoso Reportorio de conclusiones, no se diga alguna cosa del ente de razon à parte rei? D. Alerto: Con justo motivo, y me recuerdo de un burlon, que para parodiar semejante cuestion, preguntaba ¿si el hombre podria ser concebido fuera del vientre de su madre? D. Supino: Sufro la pulla, y pregunto á V. ¿estas cuestiones del ente, no empleaban el tiempo? ¿No ensayaban las voces pulmónicas los replicantes, no conseguian grande triunfo? D. Alerto: Y mucho, el del viento que pasa con aceleracion: siempre me reirè de un veterano de le cofradia de V., quien para hacer alarde de su mucho saber, anatomizó, desmenuzó el ente, hasta decir, *non est ens, est aliquitas entis*. Esto es, una cosi cosa de lo que no se entiende. Dígame V. por su vida: ¿las reglas de crítica que nos ministra el que llama V. folleto, no son seguras reglas de la verdadera crítica? ¿Por ellas no se les comunica à los jóvenes el camino seguro para dirigirse convencidos, reflexionando, advirtiendo, confirmando, y muchas veces despreciando lo que por el método mohoso no pueden adquirir? D. Supino: ¿Y entonces los argumentos, los actos ò funciones literarias, de qué servirian? D. Alerto: De mucho; los exámenes, para reconocer el aprovechamiento, (con este fin se establecieron) servirian para indagar el estado de aplicacion en que se halla el examinado, para ver si era digno de continuar en su destino voluntario, ó.... y para que si fuese juzgado inepto, se dedique à otros destinos que son innumerables en la sociedad. La noche se aprocsima con velocidad, retirémonos. D. Supino: Soy de V. servidor; pero distingo. D. Alerto: V. debe ser de bronce, de diamante, ó no sé de qué: ¿Es V. inconvertible, respecto à la verdadera filosofia? D. Supino: Si Señor; porque la esperiencia me enseña que nadie puede ser teólogo, sin haber aprendido

* mente cate, un tonto

en toda su estension el *ergo*. ¿Qué abogado podrá examinarse, si no ha empleado mucho tiempo arguyendo, resumiendo, distinguiendo, &c.? ¿Qué médico me señalará V. que cure las mas dificiles, y peligrosas enfermedades, si no tiene acepilladas ò gastadas algunas pulgadas del barandal de las clases? D. Alerto: Concluyo, por ahora, con decir à V. que el verdadero teólogo, estudia la Escritura, los Santos Padres, los Concilos, la Tradicion, &c. ¿Algun Santo Padre usò del *ergo*? ¿El grande é infeliz Tertuliano, no dijo que la religion no tenia que comprometerse con el Liceo? ¿Ha visto V. à algun abogado argüir en los estrados? Lo que ministran los documentos, lo dispuesto por la leyes, son los fundamentos de sus alegatos: en virtud de las leyes promulgadas, los jueces determinan, y esto es lo que nos importa. No puedo olvidar lo que V. me dice respecto à los médicos, y advierto el mayor absurdo: que se registren las obras de Hipócrates el Principe de los médicos, y desafío à V. à que me señale el menor indicio de su favorita *filosofia*. ¿Cuanto mas útil seria à la humanidad, y à la conciencia de los médicos, permanecer à la cabecera de los pacientes, observando los síntomas de la enfermedad, el estado y variacion de los accesos ya adversos, ò favorables: recorrer los campos para reconocer y observar las plantas, en las que se vincula la verdadera medicina: atender à las oficinas en las que se preparan los medicamentos; y no perder el tiempo en disputar sobre si se verifica enfermedad ab intrínseco incurable; y sobre otras ejusdem furfuris? Concluyamos, y demos muchas gracias al sabio príncipe cuya prudente resolucion nos prepara felices frutos, por la que veremos à los jóvenes instruidos en la verdadera filosofia, verdaderos teólogos, abogados menos cabilosos, médicos hábiles que nos asistan con una sabia práctica, y no con sutilezas, nada conducentes al restablecimiento de nuestra salud. ¿Quiera el cielo deparar à V. sugeto que convenza, y demuestre lo estraviado de su imaginacion y entendimiento! Las piedras rodando se encuentran, puede ser que en otra ocasion V. se halle mas docil, y yo mas persuasivo; pero cuente V. que tiene en mi, un reciente amigo, deseoso de que aproveche con utilidad el fugitivo tiempo que se burla de nuestras preocupaciones.

P. S. Caminábamos para nuestras habitaciones, cuando una voz estraña nos detuvo, y era la de nuestro D. Supino:

*

Supino
s. l.
Categoría
Ficción

clamaba por D. Alerto, para ofrecerle este postre. No negará V., decía, que nuestro modo de estudiar afila al entendimiento, ó lo adelgaza para continuar con agudeza en la preocupacion de las ciencias: esto de disputar, y salirse con la suya, aunque sea à fuerza de formar nuevas voces, que no conocieron los Alanos, Godos, y otras naciones, ¿no es una instruccion digna, para el aprovechamiento de la juventud? D. Alerto: Las campanas suenan, nos advierten la retirada: confesaré à V., que su estilo ó método de estudiar adelgaza los entendimientos en el sentido que V. se espresa, imitando à lo que se experimenta respecto à las campanas; éstas à esfuerzos del golpeo se adelgazan; ¿pero no se inutilizan porque se rompen? Para no correr, dejando à V. con la palabra en la boca, lo que seria accion demasiado tosca, digo à V. que concluyamos; porque se atreve V. à intentar promoverme, que se halla el sol à nuestra vista, y que no son las nueve de la noche, sino las del día. D. Supino: ¿Por tan estravagante me juzga? D. Alerto: Ustedes mucho pueden con sus sutilezas; no se acuerda V. de aquel célebre Monge quien mereció todo el favor de un Emperador, à causa de que promovió este célebre argumento, decía: quien dà dos, dà tres; lo que probó en este su método de V.: quien dà dos, dà uno; dos y uno son tres: ergo. Hasta otra ocasion, de la que Dios me liberte.

BOTANICA.

Esta ciencia, el principal apoyo de la verdadera medicina para curar las enfermedades, à esfuerzos de quererla simplificar, se presenta de dia en dia mas dificultosa. Perdóneme la memoria del célebre Linneo, si digo que sus profundos conocimientos, mas han perjudicado al verdadero conocimiento de las plantas, que nos han hecho felices. ¿De qué sirve haber formado ó establecido un nuevo idioma, si por él no adquirimos los conocimientos relativos à las virtudes de las plantas, que es lo que nos importa? ¿De qué sirve reducir tal o tal planta, à tal género, à tal especie, si posee virtudes muy opuestas à las que, por las apariencias deben comprenderse en cierta clase asignada? En Europa se experimentan infelices resultas à causa de que el Perejil, y la Cicuta, son semejantes respecto à su organizacion.

En Nueva España, por el contrario, nos alimentamos con plantas y frutos que deberian reputarse por venenosos si la legislación Botànica fuese cierta. La yerba Mora ó Solanum lethale, se sabe ser mortifera, y aquí tenemos al Costomate, al Tomate, al Galtomate, y otras especies que se comen à pasto, y que si se debe dar crédito à los botánicos, se deben reducir à la clase de la yerba Mora; cuantas plantas se pudieran mencionar, que à pesar de las apariencias, sus efectos son diametralmente opuestos, siempre desconfiaba de las reglas de los botanistas; pero este mi modo de pensar lo reservaba en mi, por no incurrir la nota de temerario. Mas luego que lei el Viage al rededor de el Mundo ejecutado en 1768, 69, 70 y 71, en que viajó como botánico el célebre Commerson, ya apadrinado con tan respetable autoridad, no temo esponer mi propio dictamen: dice el citado autor hablando de la Isla de Madagascar: „Esta es la verdadera tierra de promision para los naturalistas, parece que la naturaleza se ha reconcentrado en ella como en su santuario favorito, para trabajar sobre otros modelos diferentes de los otros paises, las configuraciones mas extrañas è inesperadas se encuentran à cada paso, à la vista de tantos tesoros esparcidos con profusion en esta tierra fértil, el naturalista queda convencido de que hasta el presente solo se ha pillado un debil retazo del velo que cubre las producciones de la naturaleza, y es difícil no mirar con menosprecio à estos ofuscados observadores de gabinete, que pasan la vida en forjar vanos sistemas de botànica; deberian saber que no tienen algun género determinado, que todos sus caractères clásicos, genéricos, &c. son precarios, que todos los límites de demarcacion que han querido establecer se desvanecen al paso que las especies intermedias se presentan. Linneo no cuenta si no es casi ocho mil especies de plantas: el célebre Sdherand, conoce cerca de diez y seis mil; y un calculador moderno ha creído entrever el maximum del reino vegetable computando hasta veinte mil especies: por mi parte puedo asegurar haber formado una coleccion de veinticinco mil, y no me precio de haber colectado la quinta parte.”

Si Commerson, ù otros botánicos sus semejantes, en el cumplimiento de su ocupacion, viniesen à la Nueva España, que absortos deberian quedar al ver tantas, y tan raras producciones: no soy botánico de profesion, si poseo grande inclinacion à registrar, indagar, y solicitar los efectos naturales

por conocimientos propios de la racionalidad, en virtud de que profiero hallarse en Nueva España producciones de la naturaleza, que desvanecen, y trastornan todas las hipótesis, todos los sistemas de los botánicos hasta en el día establecidos, tengo verificado, que partiendo de Méjico para el Sur, luego que se llega à Cuernavaca, que dista de esta capital diez y seis leguas, la naturaleza es otra en los campos, puesto que caminando por el mismo rumbo hasta el Sur, apenas se encuentra alguna planta parecida en su organización à las de los contornos de Méjico. Caminando de Méjico para el Norte, ya es otro mundo: en lo que conocemos por Mesquital se registran innumerables plantas, cuya organización es del todo extraña, se puede asegurar que el Mesquital es el país de plantas espinosas; ¡pero qué variedad, qué configuración en los troncos, en las ramas, en los frutos &c.! Por egemplar mencionaré la Biznaga, esta es una mole vegetal en que se comprende innumerable variedad, unas en su mayor incremento no llegan al tamaño de una naranja, otras crecen hasta seis varas, de forma que vistas à distancia parecen grandes peñascos. Lo particular de esta planta que no puede reducirse à clase, género, &c. de los establecidos por los botánicos, es el que carece de hojas: en el Nopal se ven aunque pequeñas, al tiempo de la vegetación de las pencas: en la Biznaga [1] jamás se verifica alguna hoja. He tenido la curiosidad de sembrar la semilla, y he reconocido siempre que el germen brota sin auxilio de las hojas seminales de aquellas que sirven para surtir alimento à la tierna planta. La Biznaga nace en esta forma: se abre la cascarilla que cubre à la semilla, y se registra un glóbulo oblongo semejante en su figura à una pera, sigue vegetando tan solamente por la parte inferior que surte la raíz sin el auxilio de hojas seminales: las he trasplantado, y he tenido el regocijo de ver su incremento sin el auxilio de alguna hoja. ¿Qué dirán los botánicos, los físicos, al leer esta observación obvia, pues suponen las hojas como instrumentos indispensables para la vegetación de las plantas?

Tengo manifestada una planta que rompe las prisiones ò axiomas de los botánicos: relacionaré otra, que desmiente otra de sus aserciones; aseguran, que los frutos no pueden

[1] A causa de que algunas personas usan de sus espinas para limpiarse los dientes le han acomodado la voz Biznaga; porque los tallos inferiores à la flor de la planta conocida en España por Biznaga, sirven para el mismo fin.

verificarse, si las plantas no tienen hojas, porque en éstas se perfeccionan los jugos necesarios para el incremento del fruto; pero esta regla no es general, à causa de que los árboles que nos ministran lo que aquí conocemos por Ciruelas, para producir el fruto se despojan de todas sus hojas, por esta causa no es espresable el aspecto que representan estos árboles, porque como unos producen Ciruelas de color de oro, y otros las del mas hermoso rojo, otros con colores intermedios, vuelvo à repetir, que en el reino vegetal no se puede observar aspecto que mas regocije, porque como los árboles son corpulentos, y se cargan con exceso de fruta, mas parecen efectos del artificio, que producciones de la naturaleza, en los meses de marzo, abril, y mayo se hallan las Ciruelas con la fruta madura, cosechada esta ò caída por podrida, los árboles se revisten de las hojas, y permanecen así hasta octubre, que despojados de las hojas brotan las flores, luego no es del todo cierto, que los jugos se perfeccionan en las hojas para nutrir al fruto.

Para manifestar la excesiva producción de la fruta de los Ciruelos, manifestaré lo que ví en el Pueblo de Santa Ana Xicchuca; en este Pueblo de la Jurisdicción de Ixtapa no se siembran Ciruelos, y creo que tampoco se verifican silvestres; pero un indio había conducido dos plantas que tendrían de alto à lo mas tres cuartas, el uno era de fruta roja, y el otro de la amarilla: en el primero conté mas de seiscientos Ciruelas, y para el otro me faltó tiempo por haber anochecido; pero creo que ambas plantas colocadas en uno de los jardines de los Potentados de Europa, se atraerian la atención de los que los mirasen.

Ya sabemos que en Europa se registran muchas plantas parásitas; esto es, que se sustentan de los jugos de otras plantas; en Nueva España son innumerables las que se conocen de esta clase, pero lo particular es, que se verifican parásitas de parásitas, se ve à menudo el visco arraigado en algun árbol, y al pastle vegetando à espensas de el visco, lo mismo se observa respecto à otras plantas de diferente especie aunque de la clase de las parásitas.

Ignoro si los botánicos hacen mención de alguna planta que se nutra tan solamente de las humedades que provee el aire: no ignoro que las siemprevivas, y otras de las grasas nacen, y vegetan en las cornisas de los edificios, en las peñas, y otros sitios muy secos; pero estas plantas siempre nacen en las hendiduras en que se verifica alguna tierra,

no sucede así, respecto á una de la especie que se conoce por pastle (Barba Española ó Peluca Francesa) ésta nace, crece, florece, y fructifica apegada á una reja de fierro de aquellas que se colocan en los balcones ó ventanas. ¿Se podrá verificar material mas inapropiado para la vegetacion que el hierro? Con certeza, pues, se podrá asegurar, que el espresado pastle tan solo vive por las humedades que le provee el aire.

Tengo registrado en los Territorios comarcanos al mar del Sur, una especie de falso ingerto, que me parece útil referir por su estrañeza: es propio de las tierras calientes el árbol que conocemos por Amate blanco [1] y que los indios conocen por Amatl, esto es papel, porque en efecto antiguamente con la epidermis del tronco y ramas lo fabricaban; y aun se me ha informado que los indios de Teposilan no han olvidado semejante práctica, lo que es digno de inquirir.

La semilla del Amate blanco arrebatada por el viento, ó porque las aves la conducen á diversos sitios, crece por lo general en las laderas de las barrancas: nace en la hendidura de un peñasco, ó en sitio en que no pueden las raices chupar el jugo necesario; entonces las raices se en caminan para la parte inferior por veinte, treinta, ó mas varas, hasta arraigar en tierra acomodada para el incremento del árbol: especial regocijo causa observar estos filamentos ó raices de color blanquesino, que se presentan como unas sogas que de propósito se hubiesen colocado en los respaldos de las barrancas; este es un fenómeno digno de la atencion del naturalista, y que me ha sido necesario referir para mi observacion, respecto al falso ingerto de que voy á tratar.

Caminando por los territorios de que hice mencion, observé, que en lo general en cada Amate, veia en su cumbre una palma, ó para esplicarme con mayor claridad, registraba mi atencion un árbol palma, cubierto con el tronco de un Amate, como si á este taladrasen, y que en el hueco hubiesen introducido un tronco de palma; procuré indagar tan estraño fenómeno, y á poco andar ví algunas pequeñas palmas, ya en partes circunvaladas con el tronco

[1] Tambien es muy comun el Amate prieto ó negro, que por fruto produce unos higos muy parecido, al de las higueras; por esto los franceses en sus Colonias de América lo nombran Fijuiet d'Amrique, pero ambos Amates son tan diversos como el Peral, y el Manzano, ó algo más.

del Amate; finalmente averigüé el origen de tan estraño ingerto.

Quien ha registrado con atencion la vegetacion de una palma, ha de haber considerado que segun el árbol crece, las ramas se van desecando, porque este género de planta tan solamente conserva los ramos en la estremidad superior, pero en su tronco permanecen los restos en figura de escamas. ¿Qué sucede? La semilla del Amate que por acaso se introduce entre las escamas, nace y vegeta arrojando hácia la parte inferior muchas raices ó troncos raices, [es preciso esplicarme así] porque debe reputarse por tronco la que permanece espuesta al aire, y por raiz, la que se introduce en la tierra: estos troncos raices rodean á la palma, se unen para formar una sola cubierta, y este es el origen de vegetacion tan rara.

No me propongo seguir un mismo plano; mi fin es, esponer ideas sueltas para dar á entender los muchos tesoros que la naturaleza tiene vinculados á la Nueva España; porque sé que personas instruidas, y por destino arraigadas en la botánica, manejarán esto con mayores luces, con método exquisito; pero mi aficion á la botánica, tan útil al hombre si la circunscribe en los verdaderos limites, me impele á manchar este corto papel.

Sin alejarnos de Méjico, con solo hacerse cargo del Maguey [1] se puede componer una larga disertacion: veo que Hernandez, aquel gran botánico, describió lo que vio: otros le han copiado, ó han surtido ideas superficiales; [deben comprenderse las que nos ministró el autor del Mercurio Volante], sin hacer alarde de botánico, porque no lo soy, puedo asignar mas de treinta utilidades que los indios consiguen por medio del maguey, pero esto será en otra ocasion.

A el alucinado Pau, que con su pesado y tosco cetro filosófico, quiso desde su miserable gabinete berlinense tratar de las producciones de América, á las que reputó por débiles, á causa de que aquí la naturaleza segun su legislacion es mezquina, y por esto debil en sus efectos, quisiera prepararle un viage, para que por sus ojos, por sus sentidos, viese, palpase muchas plantas de la Europa, que allá son arbustos, y aquí son arboles corpulentos, veria por ejemplo que la Siempreviva, arbusto en Europa, es en Nueva Es-

[1] ¿El Maguey es árbol, ó arbusto?

paña en sus territorios templados, un árbol de mas de doce pies de altura, veria algo mas, pues adornada de espigas, que el vulgo conoce por alfileres de Moctezuma, demuestra que la naturaleza no es mezquina, puesto que adornó à la Siempreviva de este adorno, lo que prueba mayor vigor; registraria à la Hortiga con hojas de una cuarta, y con troncos de sesma de diámetro. *Y si los españoles le dispusiesen un catre con ella, no recibiria una recompensacion merecida à su arrogancia?

Para conservar su salud, para hacerle inmortal (1) puesto que sus escritos son recibidos como sagrados por los de su faccion, pudieramos manifestarle la Salvia americana, por tal reputo al Tepotsan. Este es un árbol muy conocido, y que crece à mas de quince, y aun de veinte pies, [cuando à la vista de Mr. Pau, su Salvia se remonta una vara ò vara y media] ¿Por qué el Tepotsan no debe comprenderse en la familia de las salvias, puesto que el tronco es del todo semejante, que sus hojas son parecidas en su figura, en las superficies, en sus tallos cuadrados, en su olor aromático &c. &c. y que sus efectos son muy ventajosos? Estoy bien informado, de que un sábio médico (el Doctor Fernandez) la ministra con reconocidas ventajas; solo me resta una duda para afirmar que el Tepotsan sea Salvia, y es, el que la flor no es labiada, es crucífera. ¿Pero quien ha restringido à la naturaleza en sus producciones? Acaso será una planta media, que participe de la naturaleza de las labiadas, y de las crucíferas; los que tratan con sabiduria de la botànica, los que deben proporcionarnos conocimientos útiles à la humanidad, desvanecerán mis dudas, las que no tienen otro origen, otra mira, que manifestar el que soy hombre, y por lo mismo promovedor del restablecimiento ò conservacion de su salud.

Entre las plantas venenosas que abundan en Nueva España, y que son de mucha actividad en sus efectos; ¿cuántas resultas útiles se hallarian, manejadas por médicos sábios como Sthort? Espero hablar con alguna ampliacion en materia que tanto nos interesa.

Concluiré; el fin de reducir las plantas à géneros, à especies, à familias, à clases, no es otro que suponer el que

[1] Hace alucion al antiguo adagio médico: ¿Por que muere el hombre en cuyo huerto crece la Salvia? Cur moriatur homo cui salvia crescit in horto? * 1/8 de vara

(*) = cruzada

las plantas del mismo genero, ò de la misma especie tienen las mismas virtudes. esto es muy falso, y funesto en sus resultas. En las vertientes del Valle de Toluca para el Sur, nace una Habena del todo parecida à la de Europa, en sus hojas, en su tallo, y en la simiente; pero las gentes prácticas la nombran Solimán, à causa de que las bestias que la comen, mueren en pocos minutos; en efecto, ví una mula, que cammando devoró una mata de esta habena, morir atormentada con terribles convulsiones. ¿Si un médico en virtud de las pretendidas reglas de botànica, cosechase de esta habena, y la ministrase à un paciente, que resultas tan funestas experimentaria si era partidario de los métodos? aun se me ofrece otra comparacion mas sencilla; nadie puede dudar de que la Sabila, ò Aloe, por su organizacion es semejante à la de un maguey; la misma configuracion respecto à las hojas, al tallo, y à las flores; y sabemos que la Sabila nos provee el acibar, y el maguey un jugo de que se fabrica azucar: esta reflexa debe tenerse muy presente por los que se dedican al peligroso arte de conservar nuestra salud, ò de restablecerla.

NOTICIA MUY IMPORTANTE

COMUNICADA POR UN PROFESOR DE MEDICINA.

El Señor Juan Huxam, Dr. Médico inglés, bien conocido en la Europa por lo precioso de sus obras traducidas en varios idiomas, escribió entre ellas una disertacion sobre el Antimonio, cuya naturaleza, dice, que en cierto modo ha ilustrado, ventaja que le concede el célebre Valmont de Bomare. Se hace cargo de todas las preparaciones hechas hasta aquí con este mineral, y asegura que despues de haberlas usado, y observado por espacio de unos treinta años, ha reconocido ser la mejor, la que llama *Esencia del Antimonio*, ò *vino antimoniado*. Luego que se publicó esta disertacion, la regia sociedad hizo mucho aprecio de ella, y la colocó entre sus transacciones filosóficas; pero como la preparacion no estaba descrita, se hicieron muchas tentativas por los curiosos quimistas para encontrarla, y todas inútiles,

*